

Suscripción:

En Murcia,
50 cts. al mes
Provincias,
8 reales tri-
mestre.
Pago adelan-
tado.

LA JUVENTUD LITERARIA

Se publica los Jueves y Domingos.

Anuncios.

Se reciben
en la Admi-
nistración de
este periódico
Comunica-
dos, á precios
módicos.

Año II.

Murcia 18 de Abril de 1889.

Núm. 33.

Anuncio-tarjeta y periódico 4
reales al mes.
Número suelto 10 céntimos.

Redacción y Administración
APÓSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suscri-
tores.
La correspondencia al director.

La Juventud Literaria.**EL CAMINO DEL GÓLGOTA**

Aun no alumbraba la tierra el lumínar celeste, y las tinieblas luchaban con los crepúsculos de la mañana, cuando ya todas las calles de la Santa Ciudad hormigueaban con infinidad de curiosos, que indolentes otros días, madrugaban este para asistir á un sacrificio, que iba á obrar una grande y feliz revolución y á cambiar la faz del mundo. Horrendas maldiciones salían de sus bocas, y en su incesante movimiento se notaba la inquietud del alma y el deseo de una inicuá venganza. No se levantaba el pueblo este día para sus tareas ordinarias: asunto de gravedad le ocupaba sin duda.

Las calles todas cuajadas de inmenso gentío, parecían anunciar un grande acontecimiento, y por todas partes se empujaban unos á otros, como se empujan y chocan las olas del mar en la borrasca. ¿Cuál será la causa de tanto desasosiego, y por qué la multitud grita furibunda y frenética? ¿Corre acaso peligro la nación, ó algún terremoto ha conmovido los cimientos de la Capital de Palestina, amenazando sepultar á sus moradores? ¿Qué vértigo se ha apoderado del populacho, de las legiones romanas y de los principales magnates, que parece precursor de un gran desastre?

El César gobierna en paz la república, la fortuna sonríe todavía á los descendientes de Rómulo, el nombre romano es respetado y temido; pero este día se levanta el sol enlutado por densos nubarrones, y la naturaleza entera parece dispuesta á presenciar un horroroso sacrificio.

El murmullo crece: hombres,

mujeres y niños se dirigen fuera de las puertas de la ciudad: el grito de muerte pasa de boca en boca, y cien mil ecos resuenan en el espacio como *asamblea de los infiernos*. Oyese á lo lejos un clarín, y entonces se agita y empuja la arremolinada muchedumbre. La guardia pretoriana se presenta; sus cascotes y capacetes despiden reflejos de cenicienta luz, y los débiles rayos del sol, apenas pueden alumbrar un bosque de espadas y lanzas, que desembocaba por una de las calles de la capital.

Jerusalén, Jerusalén, ¿Qué vas á hacer? ¡Ay de tí, y de tus crueles moradores! ¡Ay de tí!

Avanza la guardia pretoria, y el aire resuena con las voces de «¡muera el impio! ¡Perezca el enemigo de César!»

Y todos se empujan, se chocan, se empujan por ver al que llaman criminal y gozarse en su amargura. Dos hombres con las manos atadas á la espalda van caminando entre la turba de sayones y soldados del César: son criminales; pero la estúpida muchedumbre no hace alto en ellos, y curiosa dirige la vista recorriendo la cohorte romana.

¡Ahí viene! gritan de repente ¡él es!

Y vuelve á desencadenarse la turba furibunda, y á lanzar gritos y voces impías y desesperadas.

Un jóven de caballera algo rubia, y bello como la imágen de la bienaventuranza, se presenta, cárdeno el rostro y ensangrentado: cubríale su cuerpo una túnica de púrpura, toda manchada por el lodo que le arrojaba el populacho vil: de su cuello pendían unos cordeles; sobre sus hombros llevaba dos maderos puestos en forma de cruz, que era en aquel tiempo el suplicio de los criminales, y sobre su cabeza, brillante como una aureola de luz se distingía

una corona, no como la que llevan los reyes de la tierra, sino una corona de agudas espinas. Su continente es hermoso y apacible; sus miradas radiantes vagan por la desenfrenada muchedumbre, y no es irritación ni cólera, lo que revelan; en cambio de tantos ultrajes, injurias y sarcasmos brilla en sus ojos un destello de misericordia hacia sus verdugos.

Un alarido lastimero, lanzado por una mujer, se oye entre el clamoreo del impio vulgo: todos guardan silencio á la presencia de tanto dolor: aquellos hombres feroces que como hienas van á cebarse en la sangre de un justo, quedan mudos ante una hermosa matrona que se acerca con la angustia en el rostro, lágrimas en los ojos, y en el alma el mas agudo dolor.

Los sayones le dejaban paso libre: acercóse á la víctima, y rebosando amor y compasión, despliega un lienzo, y empapa en él el sudor y la sangre del augusto redentor. Otras mujeres de Sion acompañan las lágrimas de la heroína, y el hombre que vá á morir las alienta y consuela sus angustias.

La multitud arranca con fuerza á la mujer del lado de la víctima, y dando nuevo curso á su furor, mandóse continuar la marcha á los verdugos al lugar del suplicio. Todo el pueblo le sigue: quédase desierta la ciudad, y únicamente se ve atravesar por sus sombrías y solitarias calles, algún que otro galileo con la frente inclinada que marcha huyendo de la carrera que conduce al lugar del cruento sacrificio.

LA TIERRA DE LOS MILAGROS.

Así como las cercanías de Jerusalén fueron y son tristes y yermas, así la tierra de Galilea fué y es todavía, en parte, un país verde, risueño y fron-